

Como se ve, no se privaba de exhibir la repugnancia que la inspiraba su amante, el cual la quería tanto más, cuanto más cruel se mostraba.

Abriendo una puerta, dijo:

—Ven hombre, ven: estos señores se obstinan en verte.

Duveyrier que esperaba detrás de la puerta, se presentó y estrechó la mano de los dos procurando sonreírse. No tenía ya aquel aspecto de joven que se veía en él cuando pasaba la noche en la casa de la calle de la Cerisaie: la laxitud le anonadaba y se mostraba inquieto.

Clarisa se quedó para escuchar la conversación, y Bachelard que no quería hablar delante de ella, convidó á almorzar al magistrado.

—Acepte V.; M. Vabre le necesita á V., y la señora será bastante amable para permitirle...

Pero ésta se apercibió de que su hermana golpeaba el piano, y sacudiéndola dos buenos bofetones la echó de la sala. La misma operación hizo con la pequeña que continuaba quitando el baño á la cacerola. Esto produjo un gran escándalo, y la tía imposibilitada comenzó á gritar de nuevo en el cuarto contiguo creyendo que también iba á tocarle algo de la cachetina.

—Lo oyes, querida, dijo Duveyrier, estos señores me invitan...

Ella no le escuchaba observando el instrumento con temor y cariño. Desde hacia un mes aprendía á tocar el piano realizando el deseo de toda su vida, segura de que aquel perfil la convertiría en una mujer de mundo completa. Después de convencerse de que no había sufrido desperfecto alguno, iba á obligar á su amante á que se quedase con ella para mortificarle, cuando Mad. Bocquet sacando por segunda vez la cabeza y ocultando su deteriorado vestido:

—Tu maestro de piano acaba de llegar, dijo.

Y Clarisa cambiando de idea, gritó á Duveyrier:

—Bien, puedes irte y dejarme en paz. Almorzaré con Teodoro. No te necesitamos para nada.

Teodoro, el maestro de piano, era un belga de ancho y sonrosado rostro. Clarisa se sentó en seguida, y él colocando los dedos de la discípula sobre las teclas, se los frotó para desentumecerlos. Duveyrier vaciló, visiblemente inquieto; pero aquellos caballeros le aguardaban, y fué á ponerse las botas. Cuando volvió Clarisa hacía escalas, desencadenando tal tempestad de notas di-

sonantes, que Bachelard y Augusto sufrían de los nervios. Sin embargo, Duveyrier á quien la música de Mozart y de Beethoven que ejecutaba su mujer ponía de mal humor, se detuvo un instante al lado de su querida para saborear los sonidos á pesar de los gestos nerviosos que le obligaban á hacer las disonancias, y volviéndose hacia su amigo y su cuñado, murmuró:

— ¡Tiene una disposición asombrosa!

Después de darle un beso en los cabellos, se retiró discretamente y la dejó con Teodoro. En la antesala, el grandullón con su aire de chungu, le pidió un franco para comprar tabaco. Al bajar la escalera, al asombro que le expuso Bachelard por su conversión á los encantos del piano, juró que jamás le había odiado, y habló de lo ideal diciendo hasta qué punto las sencillas escalas de Clarisa conmovían su alma, cediendo á su continua necesidad de ocultar con flores poéticas sus groseros apetitos.

Abajo, Troublot que había dado un cigarro al cochero, escuchaba su historia con el mayor interés. El tío se empeñó en que fueran á almorzar á casa de Foyot: ya era hora, y allí podrían hablar á sus anchas. Cuando el vehículo logró ponerse en movimiento, enteró de lo que había ocurrido á

Duveyrier y éste tomó un aspecto grave y severo.

El malestar de Augusto parecía haberse aumentado en casa de Clarisa, donde no había despegado los labios, y fatigado por aquel interminable paseo y con la jaqueca agravada, cayó en el más profundo abatimiento.

Cuando el magistrado le preguntó qué se proponía hacer, abrió los ojos, permaneció algunos segundos presa de la mayor angustia, y al fin repitió su frase:

— ¿Qué he de hacer? ¡batirme!

Pero su voz no era tan varonil como antes, y cerrando los ojos como para que le dejaran en paz:

— A no ser, añadió, que encuentre V. otro medio de salir del paso.

Entonces y en medio del balanceo del coche, celebraron aquellos caballeros un gran consejo. Duveyrier como Bachelard, juzgaba que el duelo era indispensable, y se manifestaba muy conmovido á causa de la sangre que veía manchar la escalera de su casa; pero el honor lo exigía, y no era posible eludir las leyes del honor. Troublot tenía la manga más ancha: para él era una tontería cifrar el honor en lo que él llamaba por delicadeza la fragilidad de la mujer, y Augusto

aprobaba con señas sus palabras aburrido del espíritu belicoso de los otros, cuyo papel en su concepto era el de buscar una conciliación. A pesar de su cansancio, se vió obligado á referir una vez más la escena de la noche anterior: habló del bofetón que había dado y del que había recibido, y con este motivo olvidando todos el adulterio la discusión versó exclusivamente sobre aquellos dos bofetones, comentándolos y analizándolos con el fin de buscar una solución satisfactoria.

—¡Qué de refinamientos! dijo Troublot con desdén. Si los dos se han abofeteado, no hay que hablar más del asunto: los dos están ya satisfechos.

Duveyrier y Bachelard se miraron como considerándose vencidos. En esto llegaron al restaurant, y Bachelard anunció que lo primero que debían hacer era almorzar bien. Así se aclararían sus ideas. Él convidaba y pidió un almuerzo copioso, con platos y vinos extravagantes que emplearon tres horas en consumir, solitos en un gabinete. Ni una vez siquiera hablaron del desafío. Desde los entremeses, la conversación se consagró á las mujeres. Fifi y Clarisa, fueron analizadas, discutidas y comentadas hasta la saciedad. Bachelard se echaba la culpa de lo que le

había ocurrido para no aparecer ante el consejero en ridículo, mientras que éste ven-gándose de la noche en que el tío le había visto llorar en el cuarto vacío de la rue de la Cerisaie, ponderaba su felicidad hasta el punto de enternecerse creyendo en ella. Ante ellos Augusto á quien la neuralgia no dejaba comer ni beber, parecía escucharle con los codos apoyados en la mesa y los ojos trastornados. A los postres, Troublot se acordó del cochero, y dispuso que le llevaran las sobras de los platos y de las botellas lleno de simpatías por alguno, porque según indicaba, por lo que le había oído hablar, no tenía duda de que debía ser un antiguo cura. Dieron las tres: Duveyrier se quejó de ser asesor en la próxima reunión del tribunal de Assises; Bachelard embriagado escupía sobre el pantalón de Troublot sin que él se apercibiera; y el día habría terminado en medio de las copas de licor, si Augusto despertando sobresaltado no hubiera dicho:

—Vamos á ver... ¿qué es lo que hacemos?

—Pues mira, balbuceó Bachelard tuteándole, si quieres te sacaremos del apuro... ¡No puedes batirte, sería una estupidez!

A nadie sorprendió esta resolución. Duveyrier la aprobó con un movimiento de cabeza. El tío prosiguió:

—Yo iré con el amigo Duveyrier á ver á tu hombre, y el animal te dará una satisfacción ó yo dejo de ser quien soy. Sólo al verme se dará á partido, porque precisamente yo soy quien menos debía ir á visitarle; pero á mí me importa tres pitos el qué dirán.

Augusto estrechó su mano; pero eran tan fuertes los dolores que sufría, que ni siquiera sintió alivio á pesar del peso que se le quitaba de encima. Por último, se levantaron y salieron á la calle. El cochero acababa de almorzar dentro del coche, cuyos asientos llenó de migas, y más borracho que antes dió un golpecito de cariño en el vientre á Troublot. Pero el caballo que no había comido, se negó á andar; y sólo á fuerza de latigazos bajó la calle de Tournon. Las cuatro daban cuando se detuvo en la calle de Choisseul, y hacía siete horas que lo había tomado Augusto. Troublot se quedó en él diciendo que seguía por su cuenta, y que allí esperaría á Bachelard á quien deseaba convidar á comer.

—¡Cuánto has tardado! dijo Teófilo á su hermano. Ya te creía muerto.

Cuando todos entraron en la tienda, contó lo que había hecho mientras Augusto estaba fuera. Desde las nueve había estado

en acecho, pero nadie se había movido. A las dos fué Valeria á las Tullerías con su hijo, y á las tres y media vió salir á Octavio. De casa de los Josserand nadie había salido, hasta el punto de que Saturnino que buscaba en todas partes á su hermana subió á preguntar por ella á su madre, y ésta sin duda para librarse de él le dió con la puerta en las narices, diciéndole que no estaba allí. Desde entonces, el loco rondaba con aspecto feroz.

—Corriente, esperaremos á ese señorito, dijo Bachelard. Desde aquí le veremos llegar.

Augusto hacía esfuerzos inusitados para permanecer de pié, y entonces Duveyrier le aconsejó que se acostara, único remedio contra la jaqueca.

—Suba V. á su casa, le dijo: para nada le necesitamos á V.; ya iremos á darle cuenta del resultado... las emociones le acaban á V.

Augusto obedeció.

A las cinco esperaban aún á Octavio, Duveyrier y Bachelard. El joven, sin objeto y deseoso de tomar el aire y de olvidar la catástrofe de la noche anterior, pasó por delante de la tienda de Mad. Hedouin, y al verla de rigoroso luto en la puerta, se detuvo á saludarla. A decirle que había salido de casa de los Vabre, le preguntó ella con la

mayor tranquilidad por qué no volvía á su servicio. En un momento quedaron convenidos, y al despedirse de ella después de prometer que iría al día siguiente, continuó paseando, poseído de un vago pesar. La casualidad destruía siempre sus cálculos. Su cabeza estaba llena de proyectos y hacía una hora que recorría el barrio, cuando de pronto se apercibió de que había entrado maquinalmente en el oscuro corredor del pasaje de San Roque. En el ángulo más oscuro y en la puerta de una casa de huéspedes, Valeria se despedía de un caballero muy barbudo. Al verle se puso colorada, y se alejó abriendo la mampara de la puerta de la iglesia: después, notando que Octavio la seguía sonriéndose, prefirió esperarle en el pórtico y allí se pusieron á hablar amigablemente.

—¿Por qué huía V. de mí? la dijo el joven. ¿Está V. enfadada conmigo?

—¡Enfadada! y, ¿por qué...? exclamó ella. ¡Ya pueden devorarse entre sí...! Todo eso me tiene sin cuidado.

Aludía á su familia. En seguida desahogó su antiguo rencor contra Berta, primero con alusiones y luego, cuando vió que estaba harto de su querida, sin miramientos de ningún género. Pensar que aquella mujer

la había acusado de venderse, ella que no aceptaba nunca ni un mal regalo, ni un mal céntimo. A lo sumo una flor... un ramo de violetas. Ahora se sabría cuál de las dos se vendía.

—Supongo, añadió, que le habrá costado á V. algo más que un ramito de flores.

—Ya lo creo, murmuró indignamente Octavio.

A su vez contó cosas desagradables de Berta, calificándola de mala y hasta acusándola de estar demasiado gruesa, como si se vengase de los disgustos que le había causado. Durante todo el día había esperado á los padrinos del marido é iba á volver á su casa para informarse de si había ido alguien á buscarle. Una aventura estúpida, un duelo que ella debía haber evitado. Y concluyó contándole su cita, su riña y la llegada de Augusto, antes de que se hubieran hecho una sola caricia.

—Por lo que hay de más sagrado, juro á usted, dijo á Valeria, que todavía no había habido nada entre ella y yo.

Valeria se reía muy animada. La intimidad entre los dos aumentaba, y ella trataba á Octavio como una amiga enterada de todo. De cuándo en cuándo los molestaba alguna devota que salía ó entraba, después la puer-

ta se cerraba y quedaban solos detrás de una mampara de paño verde, como en el fondo de un asilo discreto y religioso.

— ¡Ignoro por qué vivo con esas gentes! añadió ella, aludiendo de nuevo á la familia de su marido. No es esto decir que yo no tenga defectos; pero francamente no sufro remordimientos... ¡Si yo le confesara á V. cuánto me aburre el amor!

— No tanto... vamos, dijo Octavio maliciosamente. No todos son tan estúpidos como nosotros anoche. Hay instantes felices.

Entonces ella confesó. Si había obrado mal á los seis meses de casada, no había sido tanto por el odio que le inspiraba su marido con la continua fiebre que le hacia tiritar en una impotencia eterna y quejumbrosa, como por obedecer á caprichos que no podía explicar. Se aburría tanto, estaba tan enferma que se sentía morir, y entonces, como nada la detenía, lo mismo le daba á cuestras que al hombro.

— Pero, dígame V., añadió Octavio con mucho interés... ¿de veras no goza V.?

— No tanto como pretenden, contestó ella... se lo aseguro á V.

Y el joven la miró con una simpatía llena de lástima. ¡Gratis y sin gozar! no valía la

pena que se expusiese continuamente á ser sorprendida. Y al pensar así experimentaba un consuelo en su amor propio, porque en el fondo sufría siempre por el desdén con que Valeria le había tratado. Sin duda por eso se negó á complacerle aquella tarde.

— ¿Se acuerda V., le dijo, de aquel día... al final del ataque que tuvo V.?

— Vaya si me acuerdo... y no fué porque usted me desagradase, pero en aquella ocasión tenía tan pocas ganas... De todos modos vale más que no nos entendiéramos... á estas horas nos odiaríamos.

Al hablar así le tendió la mano, que Octavio estrechó, diciendo:

— Tiene V. razón... más vale así. Decididamente no se ama más que á las mujeres á quienes no se ha poseído.

Satisfechos los dos de sus conclusiones, permanecieron un instante con las manos juntas y enternecidos. Después, sin añadir una palabra, empujaron la mampara y entraron en la iglesia, donde Valeria había dejado su niño al cuidado de la mujer que cobraba las sillas. El pequeñuelo se había dormido. Le despertó, le hizo arrodillarse y se arrodilló también, cubriéndose la cara con la mano, como si estuviera abismada en sus oraciones. Después se levantó, cuan-

do el cura Manduit, que salía de un confesionario, la saludó con paternal sonrisa.

Octavio no hizo más que atravesar la iglesia. Cuando volvió á su domicilio toda la casa se puso en movimiento. El único que no le vió fué Troublot, que dormía dentro del coche de alquiler. Los vecinos de las tiendas le miraron gravemente. El almacenista de papel de enfrente paseaba aún sus ojos por la fachada, como tratando de indagar lo que pasaba en el interior; el carbonero y la frutera estaban más tranquilos, y el barrio parecía volver á su habitual dignidad. Cuando Octavio pasó por la puerta, Lisa, que charlaba con Adela, se limitó á mirarle, y cambiando de conversación hablaron de la carestía de las aves, bajo la mirada severa de M. Gourd, que saludó al joven. Este subió cuando Mad. Juzeur espiaba su llegada, entreabrió la puerta, cogió sus manos, le llevó á la antesala, y allí, besándole en la frente, murmuró:

—¡Pobre joven! Pero, váyase V., no quiero detenerle. Cuando todo haya concluido venga V. y hablaremos.

Apenas entró en su cuarto se presentaron Duveyrier y Bachelard. Asombrado de ver al tío de Berta, quiso decirles los nombres de dos de sus amigos para que se entendie-

ran con ellos; pero aquellos caballeros, sin hacerle caso, invocaron su edad y le echaron un sermón sobre su mala conducta. Después, como anunciase que se proponía abandonar aquella casa, los dos declararon solemnemente que aquella prueba de tacto les satisfacía. Había habido un gran escándalo y ya era tiempo de sacrificar las pasiones á las gentes honradas. Duveyrier tomó nota en el acto de su despedida y se retiró, mientras que Bachelard, á sus espaldas, convidaba al joven á comer con él aquella tarde.

—¿Con que cuento con V., eh? nos divertiremos, le dijo. Troublot nos espera abajo. Me tiene sin cuidado mi hermana Eleonora; pero no quiero verla y me escapo solo, para que no nos halle juntos en la escalera.

Bajó, y cinco minutos después Octavio, satisfecho del desenlace de la aventura se reunió con él y con Troublot, metiéndose en el coche. El melancólico caballo, que había tirado durante siete horas del marido, los condujo cojeando hasta un restaurant próximo al Gran Mercado, donde se comían unos callos admirables.

Duveyrier halló á Teófilo en la tienda, adonde acababa de llegar Valeria y los tres

hablaban cuando entró Clotilde, que volvía de un concierto. Había ido á él con la mayor tranquilidad, segura de que habría para todos una solución satisfactoria. Después de explicar lo que se había acordado hubo un silencio, y quedaron los dos matrimonios como en una posición falsa, al verse juntos. Teófilo tosía; y como todos tenían interés en reconciliarse, concluyeron por aprovechar la emoción de que estaban poseídos. Las dos mujeres se besaron. Duveyrier aseguró á Teófilo que la herencia de su suegro le arruinaba, á pesar de lo cual prometió indemnizarle, dejando de cobrarle el alquiler de la casa durante tres años.

—Es necesario ir á tranquilizar al pobre Augusto, dijo al fin el magistrado.

—Y subía á hacerlo, cuando unos gritos terribles, como de un animal á quien degüellan, salieron de la habitación en donde estaba el marido de Berta. Saturnino, armado de un cuchillo de cocina había penetrado en la alcoba de puntillas, y allí, lanzándose sobre Augusto, con los ojos hechos ascuas y la boca espumosa, le gritó:

—¡Dónde la has escondido; devuélmela ó te degüello como á un cerdo!

El marido despertó sobresaltado de su dolorosa somnolencia y quiso huir. Pero el

loco, con la fuerza del que está poseído por una idea fija le agarró por el faldón de la camisa, volvió á acostarlo, y dejándole con la cabeza al borde de la cama, sobre una palangana que había, gritó:

—¡Ahora no te escapas... voy, voy á degollarte!

Afortunadamente acudieron en su auxilio, siendo necesario encerrar á Saturnino, cuya locura se hallaba en el mayor grado de exaltación. Dos horas después, el comisario de policía del barrio, dispuso que fuera conducido por segunda vez al asilo de los Moulineaux, con el consentimiento de su familia. Pero el pobre Augusto seguía tiritando de miedo, y decía á Duveyrier que le anunciaba el satisfactorio arreglo de su cuestión:

—Hubiera preferido tener que batirme... ¡Contra un loco no hay defensa posible! ¡Qué afán de degollarme se ha apoderado de ese bandido, y todo porque su hermana me ha engañado! ¡Ah! créame V., ya estoy harto... y esto no puede seguir así.